



Aula d'Història de Lo Rat Penat
Conferencia del profesor D. Fernando Millán Sánchez

Tema XXIV.

El Padre Tosca.

El pensamiento científico. Los “Novatores”.

Su vida.

Tomás Tosca, que la Historia conocerá como el padre Tosca, nació en la ciudad de Valencia el año 1651, y murió en la misma ciudad mediterránea el año 1723. Un tiempo histórico, 1651-1723, en cuyo transcurrir la Historia de España nos ofrece tres etapas bien diferenciadas en su devenir: la propia del reinado de Carlos II el Hechizado, la que hace referencia a la guerra de Sucesión española, y la que conoce el reinado de Felipe V.

La primera de ellas, la que corresponde al reinado de Carlos II de Austria, muestra, según los historiadores más reconocidos del pasado siglo XX, una de las etapas más oscuras de la Historia de España, aquella en la que, perdida la hegemonía europea, gobernado el estado español por unos personajes que no pueden aducir más virtudes que las de ser el confesor de la reina o el caballero mayor de los establos reales, la religiosidad transformada en supersticiones, el propio rey había sido sujeto de un hechizo, llevada a la miseria económica la sociedad en su conjunto, la debilidad del estado fue tan grande que la existencia del reino creado por los Reyes Católicos fue puesta en cuestión.

Inglaterra, Holanda y Austria, apostaron por desmembrarla, por repartírsela entre ellos como botín de guerra, mientras que Francia, defensora de sus intereses dinásticos, los derechos de Felipe de Anjou, fue la potencia que salvó su existencia.

Aunque hay que reseñar que la moderna historiografía, la más contemporánea, ha puesto en cuestión la visión tenebrista de la España del último tercio del siglo XVII.

Se sostiene en nuestros días que si es cierta la depravación de la Corte y la ignorancia generalizada de nuestra sociedad, dos acontecimientos nos permiten apuntar el principio de la regeneración nacional: la vuelta a una política neoforalista, alejada del uniformismo de Felipe II y sus sucesores, en la que el valor de la autonomía regional adquiere carta de naturaleza promoviendo una incipiente recuperación económica, y la influencia del nuevo pensamiento europeo nacido en la Francia de Descartes, el reconocido universalmente “Pienso luego existo”, y certificado posteriormente por la filosofía experimental inglesa aportada por Locke, Berkeley y Hume.

Unos nuevos gustos filosóficos en el marco de una Europa renovada, que constituyen el espacio intelectual en el que debemos situar a los Novatores españoles, y entre ellos, y de forma relevante, a nuestro Padre Tosca.



Tomás Tosca, que sería años después el más representativo de los Novatores españoles como hemos significado, creció en la casa materna que se ubicaba cercana a las Torres de Serranos, símbolo de la Historia de la ciudad y del reino, y fue educado en el marco de una reconocida familia valenciana.

Una familia que se significaba, justamente, porque el cabeza de la misma era catedrático de Medicina de la Universidad de Valencia, en el marco de una tradición de médicos eminentes que parecía debía perpetuarse con la aportación del nuevo miembro de la familia de los Tosca.

Tomás Tosca, que pronto puso en evidencia sus grandes condiciones para el estudio, era muy bueno en todas las materias de la enseñanza secundaria, pareció consolidarse como el futuro heredero de su progenitor. Llegada la hora de iniciar sus estudios universitarios a nadie le cabía duda de que la Facultad de Medicina valenciana, que siempre había gozado de una merecida fama por la calidad de sus enseñanzas, sería su lugar definitivo de aprendizaje.

Pero Tomás Tosca, que también había ofrecido una devoción cristiana en todos sus actos ciertamente singular, avisó a su familia de que, aunque admiraba la tarea de los médicos, su afán por salvar vidas, él no estaba vocacionado para seguir los estudios de Medicina y perpetuar su vida en el cuidado de los enfermos. Sus pensamientos se situaban mucho más en el camino de darse respuestas a los grandes misterios que le atraían: el conocimiento de Dios y el conocimiento del mundo que le rodeaba.

Aceptada finalmente por la familia su personal vocación de carácter religioso, Dios y el Mundo, sus estudios universitarios tuvieron como destino la Facultad de Teología encargada de responder a la primera de sus preguntas, Dios, compatible al tiempo con sus estudios de Filosofía, el Mundo, licenciándose en ambas materias al tiempo que iniciaba la carrera eclesiástica que era su auténtica vocación, a la que dedicaría toda su vida.

Terminados sus estudios universitarios, alcanzó el grado de doctor en Teología, terminada su carrera eclesiástica, ordenado sacerdote, había llegado el momento de elegir el camino a seguir. Y el ya convertido en Padre Tosca, eligió entrar a formar parte de la Congregación de San Felipe Neri. Una Congregación sacerdotal que se fijaba tres objetivos fundamentales en su hacer diario: el Estudio personal, la Educación de sus semejantes, y la práctica de la Caridad.

Alejado de cualquier consideración que le llevará a pretender cargos de cierta importancia en el seno de la Iglesia, aunque hay que señalar que el padre Tosca fue canónigo de la Santa Catedral Valenciana, su pasión por el estudio recogido en su celda y al margen de las luchas políticas y sociales, le llevó primero a ser un profundo conocedor de las tesis defendidas por los Padres de la Iglesia, por la Historia de la misma y en la defensa de sus doctrinas.

Pero este era un camino, el conocimiento de Dios y de su Iglesia, que, al parecer, otros miembros de la Iglesia Católica podían hacer mejor que él. Su pasión por



el conocer le llevó entonces a preocuparse por el Mundo que le rodeaba, por sus fenómenos apenas estudiados y la necesaria explicación de los mismos.

El Padre Tosca se adentraba así en un mundo nuevo del conocimiento humano. Un mundo nuevo que le llevaría al estudio de las Matemáticas primero como disciplina central de todas las Ciencias, más tarde al estudio de la Física, al conocimiento de sus leyes y a sus posibilidades de aplicación.

Y a partir de la Física teórica el camino se abría a explotar los campos más concretos de la Mecánica, de la Óptica, de la Cartografía..., convirtiéndose, con el relativo pasar del tiempo, en el sabio más reconocido de la comunidad valenciana, también el más popular, y, muy pronto, en uno de los más notables del conjunto de la Nación española.

Al respecto de su popularidad debemos recordar que el padre Tosca fue siempre reconocido como “el pare de les ralletes”, aludiendo a sus trabajos cartográficos necesarios para la publicación del mapa de la ciudad, considerado siempre como una joya de la Cartografía, que le obligaba a trazar en cada una de las calles de Valencia las líneas necesarias para poder llevar a cabo el proyecto que se había fijado.

Un entusiasta de la Ciencia posible, de la Ciencia humana, que, dado el tiempo que corría, la segunda parte del siglo XVII, las primeras décadas del XVIII, la Santa Inquisición estaba siempre presente, le obligaba a cuidar muy singularmente sus escritos, tratando de que en ninguno de ellos pudiese encontrarse alguna doctrina que pudiese ser considerada como herética.

Posición determinada por su militancia eclesiástica, que le llevó en el transcurrir de su vida científica a ser considerado como un ecléctico, un sabio admirador de todos los adelantos de la Ciencia, del poder del Hombre para resolver los problemas que se le planteaban, pero, al tiempo, un humilde servidor de la Iglesia incapaz de plantear en sus escritos cualquier teoría que entrara en colisión con la doctrina que defendía el Vicario de Cristo.

Tema este, su permanente obediencia sacerdotal, de especial trascendencia, porque todavía estaban en cuestión temas tan apasionantes como el papel de la Tierra en el Universo y su relación con el Sol, tesis de Copérnico, el movimiento de la Tierra sobre si misma y la determinación de los días y las noches, tesis de Galileo, el problema de la circulación sanguínea y su composición, posiciones defendidas por Servet y Harvey...

Un sin fin de problemas concretos que las ciencias exactas planteaban a partir de la razón humana y de la experiencia contrastada, y que, cuando podían chocar con las tesis planteadas por la Iglesia Católica, lo estudiaremos en páginas posteriores, el padre Tosca, y con él otros intelectuales valencianos del momento, Cristóforo Martinez, Juan de Cabrieda, Juan Bautista Corachán, Manuel Martí..., planteaban como hipótesis posibles.

Una faceta, la del estudio personal planteada como hemos escrito por la Congregación de San Felipe Neri, que el Padre Tosca cumplió a plena satisfacción.



Pero, tal vez, la más genuina labor del padre Tosca como intelectual valenciano, como científico extraordinario, es la que llevó a cabo como educador. El segundo de los mandatos que su Congregación sacerdotal le imponía y que formaba parte de la vocación más querida del sabio valenciano.

Se ha escrito al respecto que la humilde estancia que poseía Tomás Tosca en los aledaños de la Catedral valenciana se convirtió, durante todos los años de su vida, en un peregrinar permanente de todos los intelectuales de su tiempo y, también, de todos los estudiantes que lo visitaban para intentar encontrar respuestas a sus preguntas, a las que, como sus mayores, en los comienzos propios del siglo XVIII se habían convertido en habituales pese a las trabas que la propia Universidad valenciana ponía para resolverlas.

Y es este un tema central, la respuesta a las inquietudes de los estudiantes, en la vida del padre Tosca y en la vida de todos los Novatores valencianos, de todos los científicos, que se atrevieron a desafiar a una dirección universitaria, no solo en Valencia también en el resto de las Universidades españolas, que se situaba como una defensora permanente de las tesis más reaccionarias, de aquellas que negaban la evidencia científica.

Estábamos en el preámbulo de la eclosión del Racionalismo. Un Racionalismo que transformaría absolutamente en el discurrir del siglo dieciocho la vida intelectual española. Estábamos, en el momento que estudiamos, en tiempos en los que la Compañía de Jesús dominaba por completo la enseñanza secundaria. Estábamos, en fin, ante la actuación de una Universidad valenciana que, dominaba por los viejos maestros de la Contrarreforma católica temerosos de perder sus puestos en las cátedras universitarias ante el empuje de los nuevos intelectuales, cerraban sus filas en defensa de un saber oficial encerrado, todavía, en sus raíces medievales pero que era, al fin y al cabo, el único que ellos habían conocido.

Y es en este ambiente de cerrazón científica de la Universidad valenciana, en el que hay que situar el valor de la obra llevada a cabo por el Padre Tosca. Su humilde celda se convertía, a lo largo de todas las horas del día, en la antítesis propia de la Universidad. Era en ella donde se debatían las grandes cuestiones ideológicas sobre las que volveremos en su momento, y en las que se buscaban los caminos para publicar, al margen de la oficialidad universitaria, los trabajos de cada uno de los hombres que se reunían.

Trabajos sobre el progreso de las Matemáticas en toda la Europa Occidental, los hallazgos de la Universidad de París o de las universidades alemanas estaban siempre presentes, las nuevas realizaciones en el campo de la Física, de la Mecánica, de la Óptica, y, muy fundamentalmente, los relativos a la Astronomía y a la Medicina, campos en los que los disidentes valencianos manifestaban unos especiales deseos de pelear.

Y junto a los debates ideológicos y científicos, propio de quienes formaban la disidencia científica valenciana, nuestros Novatores, las respuestas a las preguntas que los jóvenes más interesados en el saber formulaban.



Era preciso forjar a las nuevas generaciones de estudiantes capaces de romper definitivamente con los restos de un pasado que había sometido a los pueblos a una ignorancia permanente. Era necesario, al margen del poder oficial, trasladar a las nuevas generaciones lo que significaban los avances obtenidos hasta el momento en todas las ramas de la Ciencia. Era imprescindible acabar con el retraso de las ciencias médicas capaces todavía de prohibir el estudio de los cuerpos. Era necesario popularizar los hallazgos en el mundo de la Astronomía que, definitivamente, luchaba por desplazar a la vieja Astrología encerrada en sus estudios sobre la influencia de los astros en la vida de los humanos. Era preciso, en suma, que, en el mundo nuevo que amanecía, la razón humana encontrase el sitio que, en verdad le pertenecía, sin poner en cuestión por ello la necesidad de la Fe como refugio último de la sociedad en su conjunto.

Fue allí, en el calor de la celda del Padre Tosca, donde se fue gestando la revolución de la Razón enfrentada a una Fe acientífica que tuvo su eclosión con el esplendor de la Ilustración Valenciana.

Solo resta añadir, en este bosquejo humano del Padre Tosca, antes de iniciar el análisis de su obra, que el tercero de los mandatos de la Congregación de San Felipe Neri, la Caridad Cristiana, la atención a los más humildes, lo cumplió el padre Tosca con la generosidad que había empleado con los mandatos anteriores, el Estudio personal, y la Enseñanza y Educación de los más jóvenes.

Él, como el resto de los miembros de su Congregación religiosa, fueron los encargados de predicar la necesidad de que las familias más adineradas, aquellas que podían desprenderse de parte de sus bienes, fuesen capaces de ofrecer a los más necesitados aquello que ellos tenían en demasía. Eran las señoras de la alta sociedad las llamadas a llevar a cabo el mandato de la Caridad. Y con ellas todos los jóvenes dispuestos a cumplir el mandato de Cristo.

Aunque la tarea central para mejorar la vida de los más humildes, para recoger a los que vagaban por las calles y por los caminos en busca de una subsistencia siempre difícil, debía recaer sobre las autoridades. Ellas eran las llamadas a la creación de los Hospitales para los desheredados, ellas, siguiendo la estela marcada por el padre Jofré, las que debían cuidar a los “inocentes”, ellas, también, las que debían procurar la existencia de Hospicios para los niños abandonados, ellas las obligadas a la creación de los albergues que dieran techo y comida a los que nada tenían.

Una labor, la de la Congregación de San Felipe Neri, que la Iglesia Católica aceptó plenamente elevando a los altares al fundador de la Congregación.

Su obra.

La obra escrita del Padre Tosca es, ciertamente, abundante, puesto que a lo largo de su vida fue recogiendo con su pluma todos sus conocimientos en los distintos campos de la Ciencia, y también sus opiniones sobre los trabajos de quienes encontraban hallazgos imprescindibles para el progreso humano.



Una obra ingente difícil de resumir, por lo que en este momento hablaremos solo de las dos grandes compilaciones en las que el Padre Tosca recogió todo su saber. Hablamos de su “Compendio Físico-Matemático” y de su “Compendio Filosófico”. Obras de singular importancia para el conocimiento de una época poco conocida de la Historia de Valencia y de la aportación, igualmente, de otros científicos valencianos del momento que conocemos con el nombre de “Los Novatores”.

¿Qué temas, en el recorrer de sus páginas, quedan apuntados como los que produjeron los debates más importantes de su época y que fueron comunes tanto al Padre Tosca como a los grandes científicos valencianos del momento, Crisóstomo Martínez, Juan Bautista Corachán, Juan de Cabrieda o Manuel Martí?

Sin pretender agotar el conjunto de la temática planteada, si queremos apuntar los siguientes:

1. El debate planteado en toda la sociedad occidental sobre el predominio de la Razón sobre la Fe o de la Fe sobre la Razón.
2. El que había suscitado desde el pasado siglo la tesis heliocéntrica defendida por Copérnico.
3. El propio de los Cartógrafos del siglo XV sobre la redondez de la Tierra y el equilibrio del hombre sobre su superficie.
4. La tesis de Galileo referida a los movimientos de la Tierra sobre si misma y a la existencia del día y la noche..
5. El que se plantea en el campo de la Medicina sobre la circulación de la sangre.
6. También en el campo médico el que se suscita en torno al conocimiento del cuerpo humano de manera directa.
7. Las posiciones referidas al valor científico de la Historia y de la Crítica Literaria.

La confrontación del valor de la Razón frente a la hegemonía de la Fe, es, tal vez, el tema central de todo el debate ideológico llevado a cabo entre los finales del siglo XVII y comienzos del siglo XVIII, y que, en el transcurrir de esta última centuria, se saldó con el triunfo de la Razón que da lugar al siglo de la Ilustración.

Una batalla asumida por los propios monarcas del siglo XVIII, el Despotismo Ilustrado, y que tiene como hecho tal vez más significativo, la expulsión de los miembros de la Compañía de Jesús de casi todos los países europeos, y la posibilidad de la propia disolución de la orden religiosa fundada por San Ignacio de Loyola. La razón de esta persecución ya la hemos apuntado en páginas precedentes. El control que sobre la educación de los jóvenes de la aristocracia y de la burguesía, ejercían los jesuitas.

El origen del debate se encontraba en el valor del pensamiento cartesiano, “Pienso luego Existo”, según el cual la razón humana es el auténtico vehículo del conocimiento de cuantos seres inteligentes forman parte de la Creación, y, en ningún caso, la Fe, que al hundir sus raíces permanentes en la Tradición, en el aceptar lo conocido y lo desconocido sin someterlo a la necesaria comprobación experimental,



imposibilita el proceso de creación, de transformación de la Naturaleza, propio del ser humano.

Negar la hegemonía de la Fe en el campo del conocimiento y de los misterios revelados, era tanto como negar el magisterio supremo de la Iglesia romana, de todos los padres de la Iglesia que han aportado su saber al desarrollo del Cristianismo, y, muy especialmente, el magisterio de San Agustín y de Santo Tomás de Aquino, que, desde sus distintas posiciones, admiración por Platón o por Aristóteles, eran quienes habían fijado el camino que la razón humana debía seguir para alcanzar a Dios y entender el Mundo.

Un tema de especial peligrosidad en la España de la Contrarreforma, donde enfrentarse con la Santa Inquisición, defensora a ultranza de la suprema hegemonía de los grandes pensadores cristianos, significaba poner en juego la propia vida. Tal vez por ello, los Novatores valencianos, y al frente de los mismos el Padre Tosca, asumieron, como ya hemos indicado, una posición moderada que intenta el consenso entre ambos principios, Razón-Fe, afirmando que las tesis de los racionalistas que pueden ser puestas en cuestión por las enseñanzas de la Iglesia, deben ser consideradas como meras hipótesis de trabajo sujetas a posterior comprobación.

Las tesis heliocéntricas de Copérnico fueron, seguramente, las más debatidas por su trascendencia, puesto que las mismas, La Tierra da vueltas alrededor del Sol determinando las estaciones climatológicas y el cómputo anual, chocaban frontalmente con las conocidas enseñanzas de la Iglesia.

Desde el principio del conocimiento humano nadie se había atrevido a plantear que la Tierra era un simple planeta, igual a todos los demás del Universo conocido, que giraba alrededor del Sol. Bien al contrario, la tesis de los antiguos sabios del mundo greco-latino como los propios de la Edad Media, daban por supuesto que la Tierra era el centro del Universo.

La tesis de la Iglesia Católica al respecto era especialmente sólida. La Tierra era el centro del Universo porque la Tierra era el lugar donde habitaba el hombre. Y quedaba suficientemente reconocido por cuantos pensadores habían incidido sobre el tema, que el hombre era una Creación directa del Supremo Hacedor y la representación, por su inteligencia, del mismo.

Negar esa preeminencia de La Tierra sobre el resto de los seres y las cosas creadas, era convertir a la Tierra en un elemento secundario de la Creación. Un elemento secundario de la Creación que negaba la supremacía del Hombre. Y eso era tanto como negar el valor de la propia Creación según el conocimiento transmitido por la Biblia. En ningún momento el libro sagrado se plantea la existencia de otros seres inteligentes en el Universo.

Tesis de la Iglesia a las que la obra de Copérnico respondía con el valor de las experiencias realizadas. Experiencias que demostraban la razón de las estaciones, el cambio periódico de los climas, el transcurrir de los años..., temas que solo podían tener una respuesta científica si se aceptaba que la Tierra, como los planetas conocidos,



daban vueltas periódicas alrededor del Sol. La vuelta que daba la Tierra era la que determinaba el paso de los años.

Algunos Novatores valencianos, como Juan Bautista Corachán, extraordinario matemático, defendieron decididamente las tesis copernicanas. Otros, más ligados a la Iglesia como el Padre Tosca, se limitaron a plantearlo como una interesante hipótesis de trabajo que el tiempo y el trabajo científico determinarían.

Algo semejante había ocurrido con el tema de la redondez de la Tierra, aunque la cuestión había quedado definitivamente resuelta a favor de los cartógrafos del siglo XV, cuando el descubrimiento de las Indias Occidentales por las expediciones españolas comandadas por Cristóbal Colón en primer término, y más tarde la vuelta al mundo de Magallanes y Elcano, habían demostrado su tesis.

Pero quedaba pendiente una cuestión por resolver. La permanencia del hombre sobre una superficie que obligaría a su caída al vacío. Una cuestión que el descubrimiento de la gravedad, la fuerza de atracción del centro de la Tierra por parte de Isaac Newton, resolvió definitivamente.

Aunque algo más complicado en el mundo de la Astronomía significaba el demostrar que la Tierra daba vueltas alrededor de sí misma. Tesis sostenida por Galileo y de la que tuvo que retractarse en la cárcel de la Santa Inquisición ante la amenaza de muerte que le planteaban.

Una tesis que explicaba suficientemente el fenómeno del día y de la noche, y que estaba en concordancia con la tesis de Copérnico. Frente a las antiguas enseñanzas, frente a las tesis de los Padres de la Iglesia, frente a todas las prohibiciones, lo que se sostenía era que solo desde ese entendimiento, la tierra se ocultaba al Sol durante la noche y lo contemplaba durante el día, podía entenderse racionalmente el fenómeno. Aunque hasta el descubrimiento del problema de la gravedad no existieran respuestas definitivas sobre la razón que permitía a los que vivían sobre la superficie no desaparecer en el cosmos.

También los Novatores valencianos, rodeados por un mundo de superstición fueron los primeros en plantear públicamente los principios que la Astronomía de los países europeos, y muy en especial los de presencia protestante, aceptaban como posibles. Aunque, como hemos significado anteriormente, adoptaron una posición ecléctica, el no enfrentamiento con la Inquisición pero el apoyo al tiempo a las nueva hipótesis. Hipótesis que el inmediato triunfo de la razón aceptaría, a lo largo del siglo XVIII definitivamente.

Mayor pasión arrastró en el campo de la Medicina, en el que siempre habían sobresalido los médicos valencianos, el descubrimiento de Harvey, que completaba el ya adelantado por Miguel Servet, afirmando que la sangre era una materia líquida que se trasladaba no solo entre el corazón y los pulmones, tesis de Servet, sino alrededor de todo el cuerpo humano impulsada por el corazón y teniendo a las arterias y las venas como sus cauces de distribución.



Era este fluir el que determinaba que la sangre pudiese adquirir el oxígeno necesario de los pulmones en el acto de la respiración, para, absorbido por el líquido sanguíneo ser trasladado posteriormente por los impulsos del corazón a través del cuerpo dando vida al conjunto del ser humano. El valor de los distintos órganos del cuerpo venía así significado por su real importancia. Los pulmones eran los responsables de adquirir el oxígeno necesario del aire que nos rodeaba, como el corazón lo era para dar el impulso a la circulación de una sangre, que era el elemento vital por excelencia.

La Iglesia y la Medicina oficial entendía que tal definición de la vida, tal importancia de la sangre y de su circulación por el cuerpo, era un atentado contra la Fe que hacía de la vida un don de Dios y el cuerpo un simple instrumento de esa Creación que, según la Ciencia de los antiguos, estaba compuesto por distintos humores que formaban parte de los tejidos, de las carnes, vivificadas por el corazón que era el órgano fundamental.

Fue en este campo donde Juan de Cabrieda se mostró como el activista más importante de la Universidad valenciana. Enfrentado con todos los colegas que seguían defendiendo los escritos de Galeno como maestro indiscutido y aceptando las tesis de la Iglesia, Cabrieda defendía la realidad que se mostraba en la auténtica composición de los cuerpos según demostraban las láminas que Crisóstomo Martínez había compuesto a partir de sus experiencias en la Sorbona.

Una batalla, la de la circulación sanguínea que solo el tiempo haría triunfar demostrado el saber de los médicos valencianos que estuvieron al lado de Juan de Cabrieda.

Batalla más prolongada todavía en el campo de la Medicina fue la que se libraría en torno a la necesidad que tenían los médicos de conocer directamente la composición real del cuerpo humano, el número de sus huesos, de sus articulaciones, de sus nervios, del conjunto en suma del cuerpo que tenían que curar.

El Cristianismo, sujeto en este quehacer a las conocidas prácticas hebraicas, prohibía absolutamente el que los cuerpos fueran diseccionados, abiertos tras la muerte, para poder estudiarlos. Era una transgresión de la ley que se pagaba con la prisión y muchas veces con la hoguera, Y que acarrearía la expulsión inmediata de la sociedad médica.

En Italia a partir de la revolución del Renacimiento, de las tesis expuestas por Vesalio, se luchaba por conseguir el permiso para llevar a cabo un estudio que solo redundaría en beneficio de la Ciencia y del progreso de la Medicina. Estudiar los cuerpos, conocer su composición, significaba conocer con mayor exactitud los medios posibles para sanarlos.

Y en esta tarea los médicos disidentes de la Facultad de Medicina ejercieron un papel en verdad trascendente. Consiguieron el dinero necesario para que un grabador valiente, Crisóstomo Martínez, pudiese viajar hasta París y residir allí lo suficiente para asistir a las clases de Anatomía de la Sorbona donde la disección se efectuaba a pesar de los anatemas de la Iglesia.



Crisóstomo Martínez, a partir de sus experiencias, dibujó un conjunto de láminas, ocho grandes y otras ocho más pequeñas, en las que la realidad del cuerpo humano, sus huesos, articulaciones y nervios, quedaban perfectamente señaladas. Un trabajo extraordinario que permitió a la Facultad de Medicina de Valencia ponerse a la cabeza, una vez más, de toda la Medicina española.

Juan de Cabrieda encabezó una rebelión que contó con el apoyo de los Novatores. Una rebelión contra las normas establecidas que el pasar del tiempo conoció como una práctica habitual.

Y nos queda, en este rápido recorrer del hacer de nuestros Novatores encabezados por el padre Tosca, apuntar lo que significó la recuperación del valor de la Historia y de la Crítica Literaria como disciplinas científicas. Unas disciplinas convertidas durante la Edad Media en un conjunto de Cronicones y leyendas, que Manuel Martí, maestro de Gregorio Mayans, convirtió en Ciencias del conocimiento del hacer humano que exigían sendas cátedras en las Universidades.

Será difícil pagar con justicia el trabajo de nuestros Novatores.